

tos del Mahometanismo. Si la familia turca se presenta con caracteres menos odiosos; si los mahometanos cuidan de los huérfanos; si se les ve, como á nuestros misioneros, presentarse en las calles de Pekin para salvar algunos de los pobres niños que se exponen á la muerte, no olvidemos que los deberes de la caridad les han sido enseñados por nuestros Libros santos. Mahoma los cita con respeto en su Alcoran. Elogia á los patriarcas Abraham y Job, etc.¹

Sin embargo de esa ligera modificacion ocasionada por el Cristianismo en las costumbres de los feroces discípulos de Mahomet, los turcos desconocen la verdadera caridad. No nos referimos solo á la opresion y esclavitud en que tienen al ser débil, sino mas bien á la crueldad legal que el Sultan ejerce con los miembros de su misma familia. En el año de 1843, Constantinopla vió al hijo del Profeta convertirse en verdugo de la inocencia. La muerte de la sultana Salihah fue motivada por haber vuelto Abdul-Medjid á la bárbara costumbre de matar todos los descendientes varones, en línea colateral, de la raza de los Osmanlies. El sultan Mahmoud habia abolido ese espantoso uso, por efecto de la muerte de su hija querida que se habia envenenado en su preñez, por temor de dar á luz un hijo destinado con anticipacion á una muerte cruel. Habiendo Abdul-Medjid considerado oportuno restablecerla, el hijo de su hermana, casada con Halil-Pachá, fue estrangulado cuarenta horas despues de haber nacido. Testigo, la desgraciada madre, de ese atroz espectáculo que no pudieron estorbar ni sus ruegos, ni sus gritos, fue acometida en el acto de un espantoso delirio y terribles convulsiones. Despues de dos meses de sufrimientos y desconsuelo, murió víctima de la barbarie de su hermano. ¿Producirá esta muerte una impresion tal en el corazon del joven déspota, que le aparte de la funesta senda en que ha entrado? Algo dudoso es; pero Europa no puede menos de avergonzarse de contar en el número de sus soberanos, tiranos para quienes la muerte es un juego, aun cuando se ejerce en su propia sangre, y en los primeros dias de la vida.²

Este horrible síntoma indica la enorme distancia que separa á los turcos de las naciones civilizadas por el Cristianismo. Otro hecho hay que robustece esta verdad, tantas veces reconocida, á sa-

¹ Gouroff, pág. 133.

² *Diarios de Constantinopla*, marzo de 1843.

ber, que fuera del Evangelio no hay para la sociedad civil y doméstica otras leyes que el sensualismo y el despotismo. ¿Acaso no están colocados los turcos por la Providencia en nuestras fronteras para repetirlo sin cesar á la ingrata Europa?

El abominable tributo exigido á los atenienses por Minos, rey de Creta¹, los discípulos de Mahoma lo exigian no há mucho aun de ciertos pueblos sojuzgados por sus armas. Antes de la reciente conquista de la Imeritia y del Gouriel por los rusos, el primero de esos reinos pagaba al Sultan un tributo de ochenta jóvenes de ambos sexos, de diez á veinte años de edad; y el segundo otro tributo de cuarenta y seis jóvenes. Sabido es á qué servicio se destinaban.²

Y, hoy mismo aun, ¿no son por ventura los musulmanes los primeros comerciantes en carne humana en el África y Asia? ¿Por ventura no tienen sus comisionados habituales en la Georgia, en los Gallas y en Dar-four? ¿No es para ellos que se da caza á los hombres en la Abisinia? ¿Qué señal mas incontestable de degradacion moral! ¿qué de mas hediondo que ese infame tráfico de la inocencia! Padres y madres vendiendo sus hijos por un poco de oro á mercaderes que nada tienen de humano sino la figura. Es este un espectáculo tan horrible, que el corazon se pregunta, ¿cómo no se levanta en masa el mundo civilizado, que lo presencia, contra esta indigna profanacion? Pero ¿qué digo? ¿Hállanse hasta entre nosotros mismos apologistas de las leyes y costumbres del imperio otomano! ¡Dios mio! ¿No es esta sobrada demencia, no es sobrada ingratitud? Que vayan, pues, al Cairo y á Constantinopla esos admiradores de los turcos; que presencién el arribo de los esclavos; que miren con sus propios ojos el espectáculo de la miseria y los dolores de esos millares de infortunados, puestos en venta como viles animales; y que vengan despues á ponderarnos la belleza, la dulzura, la moralidad de la religion mahometa-

¹ Desesperado Minos por la muerte de su hijo Androgeo, muerto por un toro que Neptuno habia soltado contra él: «Cum id Atheniensium fraude accidisse interpretaretur, comparata classe Athenas venisse oppugnatum, ac non prius Athenienses vexare desiisse, quam pacti se essent pueros septem «ac totidem virgines quotannis in Cretam missuros, qui Minotauro, quem Minos in labyrintho Gnosi incluserat, traderentur.» (*Pausanias*, lib. I).

² Gouroff, pág. 122.

na, que la exalten por cima del Cristianismo. ¡Ingratos! solo os falta un turbante, sois dignos de llevarlo.

Puesto que nuestro asunto nos ha llevado á él, demos una idea de ese infame tráfico. «La manera con que los turcos tratan á los «negros, dice uno de nuestros misioneros, causa horror. Algunos «mercaderes van á comprarlos en Egipto ó en Arabia, y los traen «aquí en pequeños buques. Como apenas se les da de comer en «el camino, llegan extenuados, y á veces tan débiles, que cuási «no pueden sostenerse. Se les conduce de los buques al mercado, «donde solo los turcos tienen derecho á ir, porque pretenden que «todos los negros les pertenecen. En Alejandría, los franceses van «tambien al mercado, y los esclavos se echan á sus piés, les be- «san las rodillas, y les ruegan que los compren, porque saben que «serán mejor tratados por ellos que por los turcos. Otras veces es «porque son cristianos, pues los hay muchos en Etiopia. Última- «mente llegó de Egipto un barco turco en el cual de veinte negras «que habia, siete eran cristianas ¹.

«Los comerciantes de esclavos llevan á Trebisonda, ó á los puer- «tos vecinos, los que han comprado ó robado en Circasia, para «consignarlos á los que los vienen á vender en Constantinopla, en «donde hasta ahora solo los turcos tienen derecho para comprar- «los. He visto un grupo de jóvenes de ambos sexos y dos niños «en la cuna aun: esas criaturas son tanto mas dignas de lástima, «cuanto que se las hace abrazar el Islamismo, á pesar de haber re- «cibido muchas de ellas el Bautismo en su país ².»

Despues que los cazadores de hombres han cogido su presa, ¿qué hacen de ella? Hemos hecho notar ya que gracias al Cristianismo, cuya influencia han sentido los turcos, como la sintieron los Césares predecesores de Constantino, la esclavitud ha perdido en Oriente algo de la atrocidad que lo caracterizaba entre los antiguos griegos y romanos. Sin embargo de esta diferencia, no hay punto donde la vista de un bazar produzca en un europeo una impresion mas penosa. Ese bazar estaba cerrado antes para los Cristianos: solo se permitia visitarlo á los embajadores que partian de

¹ Carta de Mr. Leleu, misionero en Constantinopla. (*Anales de la Propagacion de la Fe*, n. 60, pág. 531).

² Id. n. 65, pág. 413.

la capital. Pero desde algun tiempo acá está abierto á cristianos y musulmanes.

Entremos en ese recinto. Fórmalo un patio espacioso é irregular, en torno del cual se levantan habitaciones de madera con ventanas cerradas con una especie de persianas. En el centro grandes árboles cubren con su sombra á hombres graves fumando, que dejan escapar por intervalos algunas bocanadas de aromático humo: son los mercaderes que esperan compradores. Hablan de su negocio, y siguen con ojo avizor todos los movimientos de sus esclavos: Estos, formados en pequeños grupos, hablan entre sí. La mayor parte van desnudos, están abatidos, y parecen sentir frio. Mas léjos jóvenes pobres sentadas en el suelo, adornadas con algunas monedas, sonrien con tristeza á los que pasan por delante de ellas. En esos grupos se ven personas de todos colores. Hay hijos de la Abisinia, de cara negra y brillante; negros del interior del África; jóvenes circasianas, de rostro blanco, mirada triste y salvaje, cabellera larga y flotante; jóvenes de ambos sexos del antiguo país de la Cólchide, en la embocadura del Batoun, de la costa de los Lazes y de las playas de la Mingrelia.

Pero hé aquí un hijo digno del Profeta. Se adelanta, pasea las miradas sobre cuanto le rodea, antes de fijarlas en persona alguna; se para, su eleccion está hecha. Un esclavo ordinario se compra, por lo general, por un muy módico precio, el cual depende del buen personal del individuo y de la escasez ó abundancia del mercado; por lo regular varia de 5 á 600 piastras (150 á 200 fr.). Despues del desastre de Chio é Ipsara, se vendieron las jóvenes á razon de 2 ó 3 piastras por cabeza.

¿Quién se ocupa en consolar á esos desgraciados violentamente arrancados á sus familias? El Cristianismo, que ya se encierra en los presidios para aligerar el peso de las cadenas de los presos, ya en los lazaretos para sostener al apestado en su dolorosa agonia, el Cristianismo solo se esfuerza en dulcificar en lo posible la desgraciada suerte de los esclavos. Si no siempre puede devolverles su libertad temporal, les prepara al menos para la del cielo. Oigamos la interesante narracion de un misionero en Constantinopla:

«Un noble ruso habia comprado tres jóvenes negras. Últimamente nos vino á ver, nos habló de sus nuevas esclavas, de su do-

«cilidad, de la dulzura de su carácter, pero no del estado de sus
«almas. ¡Ah! ¡Se está muy habituado á tratarlas como si no las
«tuviesen! Le preguntamos si habia procurado hacerlas bautizar,
«y nos contestó ingénuamente que no habia pensado en ello. «Por
«otra parte, añadió, siendo una de ellas mahometana seria muy
«peligroso darlas aquí el Bautismo. Las otras dos debian ser idó-
«latras. Le propusimos que nos las confiase todas por algunos me-
«ses, prometiendo devolvérselas cuando estuviesen instruidas en
«la religion cristiana, y convino en ello.

«Principiamos por preguntarlas lo que creian. Habian sido ar-
«rebatadas de su país demasiado jóvenes para poder tener ideas
«fijas sobre la Religion. La mayor, de edad de quince años, sa-
«bia poco mas ó menos lo que ordinariamente conocen los turcos
«del Alcoran, esto es, una mezcla de fábulas absurdas é incohe-
«rentes. Las otras dos, que parecian tener de doce á trece años,
«solo tenían un pueril temor del demonio, á quien invocaban,
«decian, para calmar su cólera. No nos costó gran trabajo persua-
«dir las que desechasen esas supersticiones. En poco tiempo apren-
«dieron los principales artículos del Catecismo y suspiraron por el
«bautismo. Se les difirió, con todo, para probarlas y acostumar-
«las un poco á la santidad de la vida cristiana, á orar, á moderar
«su cólera, y á ser laboriosas y sumisas. Preguntaban cada dia:
«¿Cuándo se nos rociará la cabeza? Eran tan felices, que no sa-
«bian cómo manifestarlo.

«Un dia, la mas jóven contemplaba atentamente el sol y pare-
«cia hablar con él. «¿Qué haceis, le preguntaron?—Encargo una
«comision al sol.—¿Qué le decis?—¡Fulgente sol, dicen que vas
«á todos los puntos del mundo: sin duda que verás á mi madre; ¡y
«bien! dile que no me lllore, que soy muy feliz, que vivo con blan-
«cos que cuidan mucho de mí, que no me pegan, y que me han
«enseñado á conocer la Religion del gran Allah (Dios).» El dia
«del bautismo puso el colmo á su alegría; besaban la mano á to-
«dos, y gritaban: «Yo me llamo Pablo, yo Vicente, yo Félix.» Na-
«da mas tierno que los sentimientos que manifestaban: respiraba
«todo su ser una ingenuidad y una alegría tal, que hacian der-
«ramar lágrimas de ternura. Seis semanas despues hicieron su
«primera comunión; y se devolvieron en seguida á su dueño ¹.»

¹ *Anales de la Propagacion de la Fe*, n. 60, pág. 529.

Antes de pasar el Bósforo y de sentar la planta en la libre Eu-
ropa, recordemos por última vez lo que del mundo idólatra he-
mos visto. ¿Qué hemos oido? Profundos suspiros, un lamento con-
centrado, interminable, universal. ¿Qué hemos visto? Sangre por
todas partes, crueldades atroces; el ser fuerte, parecido á un ti-
gre furioso, encarnizado en la destruccion, en el envilecimiento,
en la opresion del ser débil; la sociedad doméstica horriblemen-
te desfigurada, conservando apenas los últimos restos de su cons-
titucion primitiva y de sus saludables leyes; la humanidad inspi-
rando miedo y piedad, reducida á los crueles y groseros instintos
del bruto, sentada en la oscura noche de la ignorancia, de la su-
persticion, del embrutecimiento. Y esas fúnebres sombras envuel-
ven en la actualidad los numerosos pueblos de todos los continen-
tes que no han sido visitados por el sol del Evangelio; sin que to-
dos los esfuerzos de la ciencia humana hayan podido levantar esas
humilladas frentes, mientras que la palabra cristiana se ha hecho
oir en las tribus mas sanguinarias, y se desprenden de su sudario
de cieno y sangre, y se elevan como por encanto hasta al nivel de
la humanidad, hasta á los primeros puestos del banquete en que
están sentados los pueblos desde largo tiempo civilizados.

No lo sabemos, pero nos parece que al recuerdo de este penoso
viaje, y en el momento de entrar en la civilizacion cristiana, se
experimenta la misma impresion que la que se siente al disper-
tar de un horrible sueño. Los pulmones oprimidos se dilatan; los
miembros recobran el movimiento; se sentia ahogar y morir, y la
vida retorna; se es feliz al pensar que todo aquello era un sueño.
¡Ay! este último consuelo no es el nuestro: aquí era la realidad,
la espantosa realidad. Viajeros, nosotros estamos salvados, es cier-
to; pero los desgraciados pueblos que hemos visitado quedan en
las tinieblas y bajo el yugo de hierro que los ahoga. De su fatiga-
do pecho sale este grito de angustia: «Se nos mata; se nos asesina;
¡socorro! Pueblos de Europa, hermanos, vosotros fuisteis
«tambien lo que nosotros somos; sin el Cristianismo lo seriais
«aun... Dadle gracias... Pero venid en auxilio nuestro...; podeis
«hacerlo...»

Y nosotros lo hacemos ya, nosotros católicos; y seguiremos ha-
ciéndolo en adelante con nuevo y mas eficaz celo... Al triple apos-
tolado de la limosna, la oracion y la palabra, jamás faltaremos.

¡Y qué! ¿Nadie hay entre nosotros que viendo á su animal de carga caido en un foso, no se apresure á sacarlo? ¿no deberemos, pues, librar tambien á los hijos de Abraham ¹?

¹ Unusquisque vestrum... non solvit bovem suum aut asinum... Hanc autem filiam Abrahae, quam alligavit Satanas... non oportuit solvi à vinculo isto?... Et cum haec diceret erubescerent omnes adversarii ejus. (*Luc. XIII, 16*).

CUARTA PARTE.

DEGRADACION DE LA FAMILIA EN EUROPA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Causas de la degradacion de la Familia en Europa.

Hemos dejado la familia en Europa, elevada por el Cristianismo á tal grado de perfeccion y felicidad, que es preciso remontarse hasta el paraíso terrestre para encontrar un estado superior. Á fin de demostrarle que era á la Religion, y solo á la Religion que debia esas nobles prerogativas, la hemos tomado de la mano, y, paseándola de uno al otro extremo del mundo, la hemos enseñado lo que era aun en todas las naciones privadas de la luz del Evangelio. Nuestro viaje está terminado: entramos de nuevo en Europa. Un triste espectáculo va á presentarse á nuestros ojos; la familia degenerada. El oro puro pierde su brillo; se aja la belleza de la hija de Sion. ¿Qué funestas causas han producido cambio tan triste para el presente y tan alarmante para el porvenir? Desde luego hallamos tres que dominan y reasumen todas las otras: la relajacion de la antigua fe, la invasion del Paganismo en la educacion, y el Protestantismo y las doctrinas que son su consecuencia.

La autoridad tutelar de la Iglesia romana acababa de recibir un vivo golpe. El gran cisma de Occidente habia introducido la incertidumbre entre los pueblos, sugerido pensamientos de ambicion en el corazon de los reyes, entregado la autoridad pontifical al menosprecio, y sus sagrados derechos á la discusion. Durante el largo eclipse del astro bienhechor que hasta entonces habia dirigido su marcha de una manera tan constante y segura, las naciones de Europa se extraviaron en su camino. Nubes de sectarios, mas peligrosos unos que otros, habian precipitado en la senda del error á